

# BÉSAME, BÉSAME MUCHO

*“La eternidad estaba en nuestros labios”*

Antonio y Cleopatra.

(acto I, escena III.)

SHASPEKEARE

**S**i aguzamos un poco el sentido de la escucha y dejamos flotar libremente la atención tal y como se espera que lo haga un buen psicoanalista en su práctica clínica, podremos descubrir en la poesía de este bellissimo tema musical, creado por la talentosa compositora y pianista mexicana, Consuelo (Consuelito) Velázquez, las modalidades literarias de las que se sirve el poeta - el que habita en el alma aññada de la autora- para pedirle un beso a la persona que se ama.

Escogimos para la realización de este breve ensayo la magistral interpretación que hizo de ella Andrea Bocelli, quien por estos momentos es el cantante italiano más amado, más famoso y más exitoso no solo en Europa sino en los Estados Unidos.

Andrea Bocelli nació el 22 de setiembre de 1958. Su infancia se desarrolla en la hacienda familiar en un pueblo de la campiña toscana, Lajatico. “Me quedaba hipnotizado escuchando fragmentos de ópera” -recuerda. “A los seis años, estudiaba piano. Luego aprendí a tocar la flauta y el saxófono. Siempre me pedían que cantara algo para los familiares”. Al terminar la escuela media superior, se inscribe en la Facultad de Derecho de la Universidad de Pisa y llega a licenciarse sin abandonar nunca el canto.

## **La letra original de Bésame Mucho es:**

Bésame, bésame mucho,  
Como si fuera esta noche  
La última vez.  
Bésame, bésame mucho,  
Que tengo miedo perderte  
Perderte después.

Quiero tenerte muy cerca,  
Mirarme en tus ojos,  
Verte junto a mí.

Piensa que tal vez mañana  
Yo ya estaré lejos,  
Muy lejos de ti.

Bésame, bésame mucho,  
Como si fuera esta noche  
La última vez.  
Bésame, bésame mucho,  
Que tengo miedo perderte  
Perderte después.

**Escuchemos ahora la excelente interpretación que hace de estos deliciosos versos Andrea Bocelli:**

Link

<https://www.youtube.com/watch?v=yT3beRBk9xE>

**Veamos entonces lo que nuestro análisis revela de esta hermosa canción**

## Para enamorarse

El tema arranca con una suave melodía de guitarra para introducirse rápidamente en la letra de la canción.

En el primer “bésame” (del primer verso) ya se puede notar la delicadeza con la que el poeta expresa –con cierta neutralidad– la manera de solicitar un beso. Pero enseguida, en la segunda línea, aparece ya con una suave y sostenida indiferencia que pone de manifiesto la apariencia de una invitación vibrante y cortés, bajo la forma de lo que de la escucha transcribiremos aquí, así: “Béeesameeee... bésame mucho”.

En cambio, el primer bésame (del segundo verso) mantiene casi toda la neutralidad del principio, aunque mostrando, sin embargo, el viso de un sutil tono imperativo: “¡Bésame!”. No obstante, en el siguiente bésame, se puede evidenciar un ligero temblor en la voz, una agitación patente y pulsante que revela a todas luces el clamor profundo, enérgico y desesperado del poeta: “¡béssameeee mmuuucho!” (revelado no sólo por la fuerza nasal con que Bocelli pronuncia la cadena consonante “m”, sino también por una intensidad cabalmente visceral que silba entre sus dientes con cavernosa potencia), que se mantiene al repetirse el estribillo, con la vocal “e”, siempre suspendida y empujando hacia delante así: “Béesameeee... beéssameeee mucho”.

El primer bésame (del cuarto verso) repite la misma excitación vocal que antes (revelado, como dijimos, por la vibración nasal de la letra eme): “Béeesamme”; pero en el siguiente, ya no es un leve temblor en la voz, es un verdadero *estremecimiento*. Un escalofriante cimbronazo interior que deja al descubierto la aflicción del poeta, y al mismo tiempo, una inconsolable sensación de angustia deslizándose imperceptiblemente entre el vano de la pérdida y su consiguiente vacío. Es como si su alma enamorada supiera que tras consumarse el beso, que tanto implora, perderá de pronto el amor que siente por la mujer que ama; entonces, como si cayera imaginariamente de rodillas ante la mujer de sus sueños, le ruega, con apasionado y desgarrante hilo de voz: “¡béeesammémmuucho!”.

Al final, el primer bésame (del último verso) anticipa el suave desliz de la letra “s”, algo así como si fuera: “Béssaaameee”, que va a hacerse más notorio en el siguiente verso, donde resurge claramente como un suspiro entrecortado (formado probablemente –en nuestra personal transliteración- por una “sh” aspirada) que suena como una especie de: “¡bésshsame mucho!”. Aquí Bocelli –encarnando la voz del poeta- parece perder el aliento –justo en medio de la palabra invocante- rompiéndola, agujereándola por su centro con una exhalación ahogada y sutil, como si fuera la única forma de patentizar su desgarrador reclamo de amor. Esta súplica desesperada, este ruego intestinal y silencioso se escapa de la boca del cantante como si se le fuera con ella una parte del alma –y de la vida-.

Como podemos ver, son sólo tres letras las que concentran y modulan todo el caudal emocional de esta hermosa canción, con la que el poeta expresa su deseo de ser besado. Una se revela en la vocal “e”, y la otras dos en las consonantes “s” y “m” de la misma palabra “bésame”.

Rescribimos, a nuestro modo, la transliteración de la fonética que nos parece aquí escuchar de los labios del propio Bocelli:

“Bésame... bésame mucho... como si fuera esta noche la última vez  
(Béeesameeee)... (béesame muchoo)... que tengo miedo a perderte, perderte después  
¡(Bésame!)... (¡béssameeee mmuuucho!)... como si fuera esta noche la última vez  
(Béessameeee... beéssameeee) mucho... que tengo miedo a perderte, perderte después

Quiero tenerte muy cerca, mirarme en tus ojos, verte junto a mí  
Piensa que tal vez mañana, yo ya estaré lejos, muy lejos de ti

(Béeesamnee)... (¡béeesammémmuuchoo!)... como si fuera esta noche la última veeez  
Bésameeee... beeésame múcho... qué tengo miedo a perderte, perderte después...  
(Béssaaameeee)... (bésshsaame) mucho... que tengo miedo a perderte, perderte después  
Que tengo miedo a perderte, perderte después”.

De este modo, el poeta proclama su exhortación desesperada “bésame, bésame mucho” ignorando –o tal vez sabiendo sin saber- que en lo más profundo de él mismo se oculta un obsesivo deseo de *posesión*. De *tenerla*. ¡*Detenerla* en un beso! Y si reconoce: “...tengo miedo a perderte, perderte después” es simplemente porque ya no está, porque se halla perdida desde un principio, y en un fatigoso intento por recuperarla después -con un beso- desgrana en sus versos de oro ese soñador ahogo que emerge de la imposibilidad de poseerla por siempre. Aquí, perderla es encontrarla. Y la encuentra cuando los dos (poeta y musa inspiradora) están perdidos en el beso, o, como se suele decir, cuando están... “perdidamente enamorados”.

Cuando se pierden en el beso es cuando se encuentran como uno, o ninguno. Luego (del beso), al encontrarse cada cual en sí mismo, vuelven a perderse los dos en su solitaria y desbastada realidad, como si hubieran despertado de un sueño divino. En la lógica del budismo zen se diría así, muy sintéticamente: “Recuperar es perder; perder es recuperar”. Aquí el poeta recupera a su enamorada cuando ella está perdida en ese beso sublime, y la pierde después, cuando ella se encuentra a sí misma fuera del beso. Fuera de su boca y de su alma.

El poeta se resiste a perder esa pérdida que, como bien sabe, en su saber de poeta, es el único encuentro posible. Por eso los temblorosos labios de Bocelli preanuncian, en el ardor de su canto el terror del poeta, el terror a perderla, “a perderla después de besarla”. Sin embargo, aquí el poeta y su

enamorada se funden en el beso y desaparecen en el aparecer de él. De allí que el ser del verdadero beso sólo pueda existir con el no ser de los que se besan.

La única vez que el poeta siente realmente ser él mismo es cuando se pierde en la boca de su amante y ya *no es*. Ya no es él mismo. Por eso el poeta se reconoce impotente ya desde el primer verso, pues sabe perfectamente que está condenado a perderla siempre, a perderla al final; cuando muera en sus labios completamente enamorada, y su alma trepidante y furibunda se afantasma entre las ociosas sombras de un amor eterno y fatal, y se ausente para siempre de la carne y de sus ojos. En fin, cuando el poeta no pueda ya, como suena en estos versos: “tenerla muy cerca, mirarse en sus ojos o verla junto a él”.

Pero aquí estamos hablando de la mujer como un objeto que el poeta desea y añora con fogosa pasión, pues si tanto le urge recuperarlo es porque es para él un objeto que se encuentra históricamente perdido, aunque sepa que está condenado a desearlo, sin alcanzarlo jamás, y a perderlo, después de encontrarlo –o creer encontrarlo- porque nunca se encuentra, porque ya no se encuentra, sino perdido.

El poeta, como acabamos de decir, quiere hallar a la mujer de sus versos perdida o *muerta en sus labios*. Pero en los labios... ¿de quién? ¿De ella? Porque también podría entenderse de “él”. ¿A quién corresponde ese “*sus labios*” de nuestro propio desliz? ¿A los de ella o a los de él? La confusión aquí –producida por nuestra propia lengua, que es también la lengua castellana que nos atraviesa, justo en este punto- pone en evidencia una verdad implícita en el mismo decir de quien escribe estas líneas: en el beso, “sus labios” (los del poeta y los de su enamorada), son *uno*.

Como se puede apreciar, es el mismo lenguaje que aquí nos conduce y nos guía el que también nos extravía y nos enreda al hablar. Nos hace perder justo ahí –en el beso-, diciéndonos que los dos (los labios y los amantes) son una sola boca y un sólo cuerpo. Lo mismo pasa con el alma. ¿Quién muere en el beso? ¿Quién desaparece cuando se funden en la boca las almas enamoradas? ¿El alma de la mujer o el alma del poeta? Aquí, es la propia “lengua” la que produce, en la misma forma de decir, un sutil “entrelazamiento”. Y, ¡oh, sorpresa! ¡Surge un “*beso*” en la misma frase que aquí analizamos!

Bécquer, por ejemplo, en una rima aparecida en 1866 con el significativo título de: “Dos en uno”, ya planteaba en el beso su concepción del amor:

“Dos rojas lenguas de fuego  
que, a un mismo tronco enlazadas,  
se aproximan, y al besarse  
forman una sola llama;”

El romanticismo literario ha hecho de la figura del beso una de las manifestaciones más sublimes de la libertad –posiblemente como una de las formas más poéticas y sutiles de evadirse de la realidad, de los límites del tiempo y del espacio-, donde el deseo del poeta alcanza la expresión definitiva y más acabada de su consumación (sin consumirse sin jamás) en los labios de su amante. De allí que todo beso sea un intento formal, y siempre eficazmente fallido para el común de los mortales, por liberar el alma prisionera en el cuerpo de la persona amada.

En la antigua Grecia, la corriente religiosa de origen tracio conocida como Orfismo, sostiene que los hombres nacidos de las cenizas de los titanes fulminados por Zeus mantienen su alma encerrada en el cuerpo como una prisión, pues llevan el peso de un crimen original (el de los titanes) y no sale

de este bloque de carne, músculos y huesos sino hasta después de numerosos ciclos de transmigraciones aquí en la tierra. La creencia en la Reencarnación sostenía que el alma salía por la boca de los hablantes con forma de aliento o suspiro y en el último instante con forma de expiración, esto es algo que puede verse ya en el gran Homero, padre de todos los poetas de Occidente.

Su gran conocimiento del alma humana lo lleva a decir en una parte de la *Ilíada*:

“*Se le escapó el alma de la boca*”.<sup>1</sup>

El poeta aspira a llenarse la boca con el aliento de su enamorada como una forma de devorarla, incorporarla y hacerla parte de su propia alma. Cuando la musa inspiradora no entrega sus dulces labios al poeta, éste hallará la forma de embeber en los suyos el néctar de su nombre, como una forma de sentirla cerca. De sentirla suya.

En *De T'avoit aimee* (De quererte así), Charles Aznavour revela en unas líneas este mismo propósito:

“De quererte así, con mi alma y mi voz...  
hasta olvidar el nombre de Dios  
para no nombrar más que el de mi amor...”.

Por eso al final de la estrofa dice, casi melancólicamente, “qué me quedará de quererte así...”, pues su ser aletargado va apagándose lánguidamente en la boca de su amada, tal como se pierde en el firmamento la cola de un cometa. ¿Qué me quedará...? “Nada me quedará”, es decir, “con *nada* me quedaré”. Con una angustiante nada que hará “de quererte así” –después, al perderte,-, un amargo recuerdo. El recuerdo de un dulce beso del que sólo me quedará... –al olvidarte- un amargo sabor.

Si echamos una mirada a lo largo de la historia veremos que el arte nunca ha estado ajeno a esta vieja concepción del alma humana. Los artistas de todas las épocas, especialmente los escultores, como arrogándose el papel del gran Iniciado en los cultos misteriosóficos imbuían sus obras con estas antiguas tradiciones filosóficas, creándolas, inclusive, a partir de ella. Miguel Ángel, por ejemplo, solía decir que para él el alma del personaje a esculpir se hallaba “encerrada” en el bloque de piedra y lo único que él tenía que hacer era quitar la materia sobrante para poder liberarla de allí. Cuando Rodin viaja a Florencia y descubre a Miguel Ángel, anota en su deslumbramiento: “Todas las estatuas que él hizo son de un apremio tan angustiado que parecen querer romperse a sí mismas. Parecen querer ceder a la presión demasiado fuerte de la desesperación que las habita”.

Del mismo modo, el poeta sabe que al encontrarse en el beso con la mujer que ama la sangre se congela, los cuerpos se entumescen hasta volverse pétreos y las almas de los dos, muertas de amor, se libran de la suave piedra y se elevan en el éter como una sombra alada y errabunda cuyo único destino es –como en el mito cristiano- volver al Paraíso del que fueron expulsados. Pues como reza el título del libro del poeta Milton, el único paraíso posible es “El paraíso perdido”. Y es esta misma pérdida la que inunda al poeta de dolor y de deseo; la que lo lleva a intentar recuperarlo en los labios de su amada, sin otro fin más que morir y conocer la eternidad. Es decir; conocer a Dios.

Armando Manzanero lo dice en una estrofa de *Contigo aprendí*:

---

<sup>1</sup> Siendo el *alma* “aire”, “soplo”, “aliento” y “vida”, en griego.

“Aprendí que puede un beso ser más dulce y más profundo que puedo irme mañana mismo de este mundo...”.

Así mismo, aquellos exquisitos versos de Cristofher Marlowe que desgrana en *La trágica historia del Dr. Fausto* también se encargan de demostrarlo:

“Dulce Helena, eternízame en un beso  
Sus labios me han sorbido el alma: mirad cómo vuela”.

El beso amoroso aquí analizado posee asimismo un aspecto encubierto, claramente místico y esotérico. La antigua tradición pitagórica, por ejemplo, se ha encargado de relacionarlo estrechamente con el número cuatro, y éste, con el sendero de la Realización Espiritual. No olvidemos que en el beso están presentes –al igual que en el acto sexual– los cuatro elementos básicos, tan reconocidos en la antigüedad (agua, aire, fuego, y tierra).

Pues bien, en el beso mezclamos el agua, el aire y el fuego, sin olvidarnos de la tierra –en este caso, lo terrenal– que aparece aquí apartada del acto de besar, ante el poder de lo puro y lo etéreo que ello significa. Si hay algo que se abandona cuando se besa con pasión es la tierra (es decir, cuando se elevan los pies y se pierde la cabeza), por eso también contamos a la tierra como el cuarto elemento, siendo el quinto, el éter, que es la quintaesencia del hombre; lo más puro, sutil y refinado que hay en su interior: el alma humana.

De allí que cada beso del amante sea una puerta que se abre, a un camino que se cierra o a uno que se expande. Es como tropezar con el abismo o encumbrarse al paraíso. Es encontrarse con Dios o con el adiós, al mismo tiempo.

Cuando las rojas lenguas se trenzan... es la eternidad lo que vibra entre los labios, y cuando las húmedas bocas se separan... la palabra ineludible y fatal. Esta es la razón por la que el poeta, llevado por la frustrante sensación de ser con la mujer de su vida dos mitades incompletas, (como las que hablaba Platón en el mito del Banquete) ve en el beso un puente hacia el infinito; una posibilidad material de encontrarse espiritualmente con su otra mitad y alcanzar, a través de esa sublime fusión, esa unión sagrada y religiosa de la que hablan los místicos cristianos: la completud del ser, la unión con Dios. Por eso el poeta sabe que habrá poesía mientras exista una mujer hermosa y un alma gemela que sostenga la ilusión de ser, como en el mito platónico, dos seres en un sólo ser.

Bécquer, el gran poeta español, lo dice excepcionalmente en la última estrofa de una de sus más famosas rimas:

“Mientras sentirse puedan en un beso  
dos almas confundidas;  
mientras exista una mujer hermosa,  
¡habrá poesía!”

Paralelamente a la profusa literatura oriental que existe sobre el arte amatorio o inclusive el sexo tántrico, un compendio de imágenes de posturas sexuales, se encuentra también “El libro de los besos eróticos”, quien captura por igual a los seres que buscan expresar el amor más allá de las palabras, de las miradas y las caricias. Para algunos será el preámbulo perfecto en el camino hacia la unión de los cuerpos y las almas; para otros, en cambio, un escape de la genitalidad y del intercambio sexual. Sea como fuere, el libro de las mil y una forma de dar besos se presenta



bellamente ante nosotros, y en todos los casos, como una metáfora –incluso, muchas veces literal– del encuentro sexual. (No olvidemos que en el beso también hay penetración e intercambio de fluidos).

Para los enamorados que no conocen todavía la piel de los cuerpos inflamados de pasión... para esos que han cargado de erotismo el roce de los labios... el juego de las lenguas... *besar* es otra forma de hacer el amor.

Y si hablamos de "hacer el amor" no podemos concebirlo sin pensar en un beso apasionado. Ya sabemos que la simple unión de los cuerpos, desprovista de todo sentimiento, solo nos lleva al comercio sexual mas bajo e instintivo. Y en este sentido, los que mejor han sabido representar el goce carnal y llevarlo a la cúspide del arte amorio son los antiguos hindúes, quienes colmaron sus templos con figuras escultóricas, mostrando el acto sexual en sus múltiples posturas como una manifestación divina. Cuando vemos, por ejemplo, la imagen de Shiva como *Nataraja* (Señor de la danza) en un templo hindú, sembrado de estatuas, ejecutando un baile orgiástico, o cuando encarna la pareja cósmica como dios junto a la diosa Shakti, de voluptuoso cuerpo, junto a un sin fin de sensuales diosas y dioses ejecutando la danza del tantrismo en esas pétreas bellísimas posturas talladas en la roca. Ya Platón en sus viajes por la India había recogido el culto a la unión cósmica entre la diosa Shakti y su esposo, el dios Shiva, y traído a Occidente y construido el mito del alma gemela. Pero Rodin –ya lo veremos–, ambicionando construir una mirada diferente y contrapuesta a esa estética amoriosa que tenían los hindúes, cuyos templos minados de frías figuras escultóricas –representando entre dioses y diosas el acto carnal mas sexualmente descarnado– utilizó su pareja de amantes desnudos, y bellamente estilizados, para mostrarnos la sensualidad del beso desde un lugar diferente: como una manifestación Erótica y al mismo tiempo Sagrada.

Será por eso que el poeta venera el beso amoroso como el creyente venera a su Dios. Y es en este mismo culto divino donde las almas errabundas de los enamorados encuentran su arrobamiento espiritual, donde se pierden y se encuentran... para volver a desaparecer en el crisol de una sola llama. Los amantes unen sus labios para “comerse las bocas” en un beso lascivo y asfíxiante, que solo aspira a immortalizarse en el Nirvana del Amor, en la idealización suprema de ese goce pletórico de vacío y de mismidad. Mientras el deseo se consuma en el místico beso, los amantes se consumen en la pira de su propio apasionamiento.

Sin embargo, el poeta sabe muy bien que ninguno de esos incontables y tibios besos que ha recibido de sus fugaces amantes lleva en sí mismo ese fuego vivo que lo torna único e irreplicable. Él ha descubierto que los mil y un besos recopilados en aquel antiguo tratado homónimo sobre *El arte de dar besos*, están contenidos en (un) sólo beso. Por eso el incansable Don Juan, hartado de abreviar en los besos que no son –y que nunca serán para él más que besos que se evaporan bajo el ardor de su propio aliento– suspira ante la posibilidad de alcanzar “el beso platónico”, el beso que en el mito griego es modelo de Perfección; seguramente como una forma velada de alcanzar a través de los cuerpos... la unión de las almas.

Para Bécquer, por ejemplo, el eterno enamorado, el beso es *todo*. Todo lo que anhela alcanzar en esta corta y frustrante vida de mortal. Para él, como para todo aquel que abraza en su alma la inspiración del poeta, el beso es infinitamente más que una mirada o una sonrisa. Y en su desbocada aspiración por alcanzar una libertad que la tierra no le concede, lo expresa en esta maravillosa rima, con ese depurado castellano que ha llevado a la exquisitez:

“Por una mirada, un mundo;  
por una sonrisa, un cielo;

por un beso... ¡yo no sé  
qué te diera por un beso!”.

Manzanero, al igual que el poeta español, pronuncia su canto suplicante a la mujer de sus versos como una exaltación poética y obstinada, a que nunca deje de besarla. Dice: “bésame mucho”, que es como decir: “bésame todo lo que puedas” o “bésame por siempre”, pues el mismo beso que se implora es también el mismo beso que está destinado a morir. Y si busca encontrarse en el beso con la mujer de su vida es sólo para matarla y para inmortalizarla al mismo tiempo.

Oscar Wilde lo dice así:

*“Todo hombre mata lo que ama; el más cobarde con un beso, y el más valiente con la espada”.*

El poeta nos descubre aquí la horrorosa verdad a la que debe enfrentarse el hombre enamorado: “Lo único que el hombre puede poseer es el deseo de poseer” (si es que en verdad es posible *poseer* algún deseo); todo lo demás es la ilusión que crea el deseo de posesión. De allí la insalvable pregunta: si el mismo poeta, que vive para vislumbrar el otro lado de las cosas es incapaz de poseerlas y poseerse a sí mismo, ¿cómo podríamos, entonces, nosotros, el resto de los pobres mortales ser alguna vez dueños de alguien o de algo?

Desde esta perspectiva, trascendentemente romántica, el poeta sabe que puede aspirar a ser besado nada más que un momento; y que solamente mientras dure ese beso amoroso podrá excepcionalmente abrazar la ilusión de poseer el amor completo de la mujer soñada. Después, con seguridad, la perderá. La perderá después de besarla. Por eso el poeta, por boca de Boccelli, suelta antes su exhortación a ser besado... “¡como si fuera la última vez!”; porque su demanda, a fin de cuentas, no es cualquier beso, sino el Beso Eterno. Y como todos saben, el beso de la última vez abarca –en la boca del poeta-, la eternidad toda. De allí que busque con el fuego áureo de sus versos consumir simultáneamente la esencia de la vida con la esencia de la muerte. Por eso, porque siente la eternidad cernirse en la roja boca de su amante, ruega una y otra vez como un mendigo enamorado: “¡bésame!”. Y porque su dulce boca percibe la amarga brevedad de su paso, suave y silencioso, exige a gritos que sea siempre: “¡mucho!”.

Ahora bien, después del “bésame” viene el “bésame mucho”, como una reafirmación al beso que se espera recibir. No por nada este “mucho” irrumpe –inmediatamente *después*- tras el retorno del “bésame”, como un artificio estético y necesario, pero más que nada como una forma verbal de espantar el vacío que adviene después del beso. Porque el miedo es –recordemos- “a perderte; perderte después”.

Este “bésame mucho” aparece aquí en sus dos vertientes o modalidades más visibles: la primera, con el vehemente tono imperativo “¡mucho!” que pone de manifiesto una especie de expansión ilimitada, un cierto sentido de “cantidad”; y el segundo, con un tono más bajo y suplicante “mucho” que articula, como una expresión enfática, cierto sentido de “intensidad”.

Con la palabra “mucho” el poeta intenta acallar su terror a la falta. A ese imponderable vacío que deja la pérdida después de besar. Por eso, “bésame *mucho*” rezan los versos, que quiere decir: bésame *intensa e ilimitadamente*, y por una sola razón: “...tengo miedo a perderte, perderte después”.

Para el poeta este “mucho” entraña la posibilidad del universo entero. Un todo cerrado y compacto por fuera, pero en expansión permanente y con una grieta en su interior por donde puede deslizarse



su insaciable deseo de completud. Un mundo sostenido idílicamente por la loca ambición de atrapar un beso perpetuo, capaz de vencer y acallar la angustiosa fugacidad del tiempo y del recuerdo.

La forma que tiene Bocelli de pronunciar la palabra “mucho” (sosteniendo la consonante “m” a la vocal “u” casi como si fuera un mantra) suena más o menos así, “mmmuúcho”. Él le imprime a la sílaba “mu” esa fuerza nasal que surge de la letra eme. Por eso el “¡mucho!” (expresado así, en tono imperativo) se reconoce por llevar encerrado en su breve eternidad un eco profundo y atronador; en cambio, el “mucho” (expresado en tono suplicante) transforma ese potente vibrato emocional que hay en la manera de pronunciar la letra “m” en un ligero temblor. En una cavernosa agitación en la voz del intérprete.

Como podemos ver, este “mucho” en cualquiera de sus dos sentidos o intenciones, no hace otra cosa que ocultar y revelar al mismo tiempo la amarga pena del espíritu. El poeta oculta en este “pedir siempre mucho”, “muchísimo más”, su extenuante temor a la nada (a la conciencia de la nada). A ese mortal vacío que adviene después del beso que—no—es; esperando ser espantado por el mítico beso del Nirvana.

Bocelli entona los agónicos versos del poeta con el alma desgarrada y la misma desconsolada impotencia con el que fueron concebidos por su creador. El poeta vive en la voz del cantante, quien no cesará de pedir en el beso de la muerte el beso de la vida eterna. Pues el beso que enciende el amor, no es otro que el que despierta la locura. El que lleva al poeta a matar. O a morir.

Es como si aquí nuestro aguerrido trovador hiciera de la expresión “mucho” un borde y un continente, para insuflarle después fuerza e integridad a una palabra que, en sí misma, no dice mucho. Es más; no dice nada.

Es como si la vacuidad de la palabra mucho creara, en su inllenable interior una grieta en los versos, una débil abertura en la letra de la canción por donde el alma agonizante del poeta exhalará su último soplo de vida, mientras el intérprete se esfuerza por imbuirle un sentimiento oceánico con su voz nostálgica y partida.

Bocelli, como cantante, percibe maravillosamente bien el profundo significado que tiene para el poeta este “bésame mucho”, pues lo interpreta así, con enfática intensidad, como si hiciera de esta vehemente aclamación un todo y una nada. Es como si transmitiera con la voz y la entonación el profundo desconsuelo del poeta, quien, harto de buscar besos de fuego en labios de hielo, no cesa de gritar a través de este inabarcable “mucho” su irrefrenable deseo de hallar en el último beso, todos los besos.

Por supuesto que un poeta como Shakespeare no podía estar ajeno a los misterios del beso de los amantes. Recordemos, pues, cuando hablando por boca de Marco Antonio le dice a Cleopatra, tras haber perdido éste la batalla que le implicó nada menos que la caída de su imperio:

*“Dame un beso; eso tan sólo me compensa”.*  
(Escena XI, acto II.)

El poeta no busca aquí como el insensible y apático mortal “el beso de piedra” (el más frío y fugaz de todos los besos comunes); él sueña con “el beso pétreo” (que es el beso verdaderamente sensible), el beso que lo hará etéreo e inmortal.

Por esa razón Shakespeare le hace decir a Marco Antonio, refiriéndose, por supuesto, a Cleopatra:

“La eternidad estaba en nuestros labios”.

No sería caprichoso si dijéramos que el beso que reclaman todos los poetas es el mismo beso idealizado que se haya en el alma del hombre enamorado. Y tampoco antojadizo si enlazáramos estas mismas líneas de Shakespeare a las curvas de las obras de Auguste Rodin, pues una misma mano parece unir el espíritu del que esculpe la roca y del que escribe con pluma. ¿Quién no es capaz de ver que estos sugestivos versos del poeta inglés podrían haber salido perfectamente de los labios de este otro gran poeta que escribe sobre la piedra?

Tal vez estrofas como estas de Shakespeare hayan servido de inspiración para la creación de la pareja abrazada de *El Beso* (de 1886) que sólo un alma enamorada como la de Rodin podría eternizar sobre el mármol. Cualquier otro beso que no sea el beso interminable –o inconcluso- de los amantes rocosos será pues una vulgar réplica de este famoso y universal beso pétreo. Es como si el poeta inglés y el escultor francés hubieran abrevado de la misma fuente, en el mismo mito o en la misma alma enamorada y, dotados por una inspiración común, cerrado los ojos –como en un beso profundo- para mirarse en la profundidad de la nada del ser.

Cabe recordar la tragedia que les tocó vivir a Paolo y Francesca da Rimini (los personajes históricos que vivieron durante el Medioevo y que han servido para la representación de *El Beso* de Rodin) está narrada por Dante Alighieri en la Divina Comedia. Parece ser que los dos amantes, cuñados en vida, fueron asesinados por Gianciotto Malatesta (esposo de Francesca y hermano de Paolo), quien los descubrió nada menos que en un “beso adultero”. El escultor francés decidió pues retratarlos en el momento en que, leyendo las aventuras de Lanzarote del Lago, se enamoraron y se besaron. Los dos amantes de piedra aparecen desnudos en el instante que precede aquel beso fatal que los llevó a ser condenados.

Es pues *El Beso* de Rodin el Beso Perfecto, el que con increíble fuerza dramática ha inmortalizado en su expresiva pareja de amantes el único beso divino que ningún mortal ha de poder dar jamás - excepto- cuando besa a la mujer que ama y siente, por un breve instante, ser uno con la eternidad.

En el alma de Consuelo Velázquez habita la poetisa que le canta versos de amor a su enamorado. Y si decimos aquí que el escultor “comprende” al poeta, es porque la escultura de Rodin es la mejor representación de lo que significa el beso en el alma de la brillante compositora, aunque también es sugestivo en el alma de cualquier otro cantante que interprete estas letras de amor y que le cante al amor -o a otros besos-, que seguirán siendo siempre... *el mismo beso*.

Para nosotros, los simples hombres comunes, el beso eterno es el beso irrealizable (empíricamente hablando) pero no para el artista, que ya lo ha inmortalizado en el mármol o el bronce como una obra de arte. Diremos entonces que la construcción del beso amoroso tal y como lo ha concebido la poetisa (como algo creado para ser puro y sublime, insuperable en sí mismo) es tallado con el filo de la letra que se talla y con el golpe de cada palabra que se escribe, pues es lo que se presenta ante el ojo del esteta como la Obra Maestra del soñador. Por eso el hombre que sueña despierto el beso que lo despertará vive penosamente feliz entre dos mundos: el humano, el terrenal, el que desprecia y aborrece con todas sus fuerzas los “besos comunes”; y el divino e innombrable, el “beso espiritual”, el que todo enamorado sueña con alcanzar, alguna vez en la vida, en el beso común.

Pero si hay alguna frustración en el alma del poeta, alguna sensación indubitable de un fracaso constante pese al éxito que surge de sus persistentes creaciones, viene de su perpetua imposibilidad para poder materializar como él quisiera, en la experiencia, el beso glorioso. De allí que escriba

versos y le cante al amor. De allí su interminable relación con la angustia y con el goce, que es ese mismo boquete fatal que le deja latiendo en las entrañas, saberlo inalcanzable, perdido desde el comienzo.

El único deseo del poeta es alcanzar el beso que sabe que jamás alcanzará pero que ya no le importa encontrarlo, pues vive en la resignación perpetua y ahora se conforma solo con *desearlo*. Con desearlo históricamente por siempre. Lo sabe imposible -y no le importa- pues no cesa de intentar hallarlo en otros labios, en otras almas. Quizás lo que nuestra querida Consuelo ha descubierto –o creado tal vez- con los versos de su eterna canción es el mismo *consuelo* de sentirse amada por siempre, el consuelo de saber que lo más bello de ese beso idealizado estaba en su propia irrealización. Y tal vez sea ése su precioso secreto, su eterno misterio. Tal vez lo ignoto que existe en el alma del poeta radique en la existencia de este saber. En el convencimiento de su propia imposibilidad. En la certeza de que nunca se alcanzará el beso deseado. Pero merced a la fuerza del intenso deseo que lo habita lo sigue postulando como siempre: posible y alcanzable. Esta es la dulce canallada. La horrible verdad que nos oculta como si fuéramos niños esperando la llegada de los magos. La farsa y el engaño que pregona sólo para brindarnos una ilusión, una esperanza. Lo que nos hace creer el hermoso sinvergüenza es algo que no tiene precedentes en la mística del pensamiento: no solo podemos tocar el cielo con las manos... ¡también podemos besar a Dios!

La apuesta del juglar es hacer creíble en nosotros esta postulación en la que cree con la certeza del loco, es decir, del que está enamorado. Pues una y otra vez nos afirma y confirma que es verdad que existe el beso eterno, y otra vez: que es posible lo imposible. Lo dice y lo repite hasta el cansancio: ¡Ese beso existe! ¡Ese beso existe! ¡Búscalos! ¡Porque ese beso existe! ¡Yo lo encontré! –nos asegura. Y en verdad no nos miente; pero nos miente igual. Y nos miente así, porque así sabe cantar el secreto de esta mítica verdad, diciéndola tal y como él es capaz de decirla en todos los casos, a medias. Aunque en realidad lo que el versista busca no es alcanzar el beso inalcanzable, él quiere simplemente, *ir hacia él*. No quiere concretarlo. Pues sabe que de volverse posible ese imposible – algo verdaderamente imposible- moriría con él (con el beso) y con ella (con la que besa). Por eso el trovador quiere cantarle únicamente a ese beso posiblemente imposible, componerle versos y entonarlos indefinidamente hasta el cansancio. Hasta morir. Allí es donde encuentra el hombre la única eternidad posible que puede encontrar en esta vida, en la palabra y en el canto, en el aliento y en el alma.

El poeta repite como un mantra los versos que el cantante ensalza con gloria en los oídos de una amada imaginaria, sabiendo que el único consuelo que ellos (poeta y enamorada) podrán obtener de la irrealización de ese dulce beso es escuchar, como si fuera una canción de cuna, esos grandiosos estribillos que conllevan la presencia del amor y, esencialmente, la presencia de quien ama. Pues he aquí la realización del poeta y la realización de quien escucha la serenata del poeta.

La música que emana el corazón del trovador intenta recubrir por un breve, brevísimo tiempo, la angustia lacerante y ominosa que implica en nosotros los mortales saber que no hay “un Otro”. Que nadie estará allí junto a nosotros formando con los labios un solo aliento y un solo cuerpo de amor, puro e indestructible, cuando muera la carne y seamos para siempre polvo o eternidad. Sabe bien nuestro poeta que la perfección del beso amoroso consiste en el acto más sublime del narcisismo: “besarse a sí mismo”. Lo que vuelve perfecto al beso es el perfecto narcisismo que yace encerrado en él. El narcisismo más compacto y más sublime, sin rendijas ni hendiduras, es el narcisismo de Narciso (el del mito), el que finalmente hundió su cara y su boca en las aguas de su propio espejismo para devorarse a sí mismo, para tragarse la vida fatalmente con el beso más perfecto: “el beso que se dio a sí mismo”.

¿Sabría nuestra querida poetisa que con la creación de estos nutridos versos estaba reelaborando el viejo mito del beso, del beso de Narciso? ¿O será que en cada poeta hay un Narciso y un estanque imaginario de aguas espejadas delante de sus propias narices llamándolo e invitándolo permanentemente? Porque el espíritu del hombre –que es el espíritu del niño- nunca deja de escribir las mismas cosas esenciales ni de pasar por los mismos lugares invisibles que lo llaman y lo representan a ser uno-con-el otro. El poeta es aquí el que mejor ha sabido capturar el carácter *sagrado* del beso, pues desde los prístinos tiempos de su “otra vida” (la vida infantil), que es la vida en la que halló por primera vez el placer en los labios de su amada madre no cesa de escribir y rescribir lo que terminará siendo después primordial para el hombre: su relación con la mujer. Si hay pocas palabras para “el buen entendedor” no habrá palabras entonces para el que mejor entienda la naturaleza del beso -mientras besa.

Tal vez si volvemos a escuchar los versos de nuestra dulce y admirable poeta -ya sin destrozarnos con nuestra personal interpretación- y restituimos aquí la belleza de su musicalidad podamos sentir lo mismo que sintió ella cuando, enamorada del amor, escribió esta hermosa canción a los diez y seis años para un enamorado imaginario –posiblemente un reflejo masculinizado de ella misma- y que ahora también es para nosotros: para volar, para soñar, para creer en el amor tal y como alguna vez ella quiso vivirlo en sus fantasías inconscientes. Ahora, nosotros al igual que como ella, podemos hacer de un beso soñado un beso posible, y de ese beso realizable una experiencia única y extraordinaria. Pero, desde luego, sólo la magia que produce el amor puede llegar a realizar algo de esas dimensiones y tal vez sea éste el otro gran secreto del poeta: el beso (para el que está enamorado) es siempre un *indecible*. Un *innombrable* -por lo menos mientras besa; pues cuando se besa no se habla-. Y, literalmente, cuando besamos las palabras faltan. -O sobran-. Pero para el que está enamorado de verdad, para el poeta que todos llevamos dentro, el beso... ¡El beso es todo! El beso es el Principio y es el Fin de todo, porque la vida entera está contenida en él. Porque todo ha empezado para nosotros y todo terminará exactamente en ese lugar: en la boca. En esa misma deliciosa e insaciable boca que nos ha nutrido desde que nacimos y que también nos quiere devorar mientras vivimos: la boca de nuestra madre. Porque sabiéndolo o no este es el secreto de la madre naturaleza; nos besa la vida cuando entramos en ella y nos besa la muerte cuando nos vamos de aquí. El beso -tal y como lo concibe nuestro maravilloso poeta- es lo que ilumina nuestra vida, lo que le da sentido y lo que nos quedará al fin cuando ella se apague. Es por esto que cobra sentido las palabras del juglar que todos llevamos dentro: “Si tan solo, por un breve momento, pudiera sentir tus labios contra los míos, podría morir en paz”.

Sin embargo, huelga decirlo, la magia que nos produce el beso profundo solo sucede cuando estamos enamorados -realmente enamorados-. Es solo entonces que lo breve parecerá eternidad, lo dulce una exquisitez, y la esencia del beso más simple y más común de todos los besos mortales se volverá indescriptible, inexplicable. Lo que convierte un beso común en un beso perfecto es el mismo amor idealizado que sienten los que se besan. Definitivamente el beso es Perfecto surge cuando se ama de verdad. El beso cobra para el enamorado un valor fenomenal en el campo de su percepción cuando se haya envuelto en los brazos de la persona amada, listo para besarla, para partir, para volar y para ser uno con ella y con la mismísima eternidad. Pero recién cuando las rojas lenguas se trenzan en un solo nudo de fuego podrá uno ser capaz de decir que el beso con el que siempre ha soñado (el Beso Perfecto, el Beso Sagrado), *Existe*. Pero esta existencia naturalmente no habrá de hallarse en ningún otro lado más que en la misma imperfección de los que besan y, muy especialmente, del beso que se ha dado. Solo entonces un beso será... El Beso. Y solo allí podremos decir cuando estemos muy cerca de los labios de la mujer que amamos, con un suave y apasionado susurro: “Bésame... ¡Bésame mucho!”

Hugo Cuccarese

## ADDENDA

“Bésame mucho” es el título de una hermosa canción escrita en 1940 por la pianista y compositora mexicana, Consuelo (Consuelito) Velázquez (1916-2005), la que rápidamente se convirtió en una de las más populares del siglo XX.

El cantante mexicano Emilio Tuero fue el primero en grabarla y su éxito mundial fue inmediato, lo cual motivó a artistas de todo el mundo a cantarla. Algunos de ellos deben su fama a este bolero, considerado «*el estándar de oro de la música romántica*». En 1999 fue reconocida como la canción en idioma español más cantada y más grabada, aparte de los villancicos y canciones de cumpleaños. Una joya de la canción mejicana, y para muchos, la mejor canción del siglo pasado. Es tal vez la más traducida entre las compuestas en español, popularizada en piano, guitarra y orquesta por muchos músicos famosos, entre los que se cuentan: Ray Coniff, Wes Montgomery, Liberace, Keny G, Richard Clayderman, y un sinfín de intérpretes más.

\*\*\*\*\*

Para todos los amantes de esta hermosa melodía, les dejo aquí abajo unos links donde podrán disfrutar de algunas de las mejores interpretaciones que se han hecho de esta canción. Es una pequeña selección de los miles de cantantes que la han interpretado en todo el mundo.

(Presten especial atención al final a la cantante chilena Laura Engel con su poderosa y exquisita voz de soprano, acompañada de la orquesta dirigida por el maestro André Rieu)

\*\*\*Se destaca en la tercer entrada la apertura de la vocal a en el bésame... (En el original es "perderte después -así la analizamos nosotros-, siendo aquí que dice "perderte otra vez".) Pero en la cuarta entrada, la que deslumbra con un remate fenomenal -con una estrofa suplementaria que le agregaron para el lucimiento de la vocalista -supongo- se destaca la potencia de su voz levantando por los aires el escenario con la gente y todo lo que está allí. Toda la potencia se prepara en la e suspendida del segundo bésame, para concluir explotando en la garganta la vocal u y o del "mucho" de este cuarto Bésame (suplementado especialmente para ella) haciendo temblar los cimientos de la tierra y estremecer los huesos de los oyentes, dejando aletargadamente suspendido el final del estribillo con exquisita suavidad. Luego comienza su histriónica y teatral interpretación que concluye con un novedoso estilo operístico de la canción.

Lo que se dice: una joyita. Un hallazgo. Que lo disfruten!

\*\*\*\*\*

### ELLOS:

Emili Tuero (1940)



<https://www.youtube.com/watch?v=nQcKtq9VXpI>

Tino Rossi (1945)

<https://www.youtube.com/watch?v=2ZSADBhXBm4>

Pedro Infante (Inglés. El eterno rival de Sinatra) en la película “A toda máquina” (1951)

<https://www.youtube.com/watch?v=T2shmBt8fAk>

Javier Solis (gran admirador e imitador de Pedro Infante)

<https://www.youtube.com/watch?v=OXkUz8c2w6Y>

Lucho Gatica

[https://www.youtube.com/watch?v=ZDk2\\_Yxflv8&list=RDZDk2\\_Yxflv8#t=0](https://www.youtube.com/watch?v=ZDk2_Yxflv8&list=RDZDk2_Yxflv8#t=0)

Daniel Lariviere

<https://www.youtube.com/watch?v=vV6CMPuz-k0>

José Luis Moneró

<https://www.youtube.com/watch?v=USjUjo6gRn0>

Plácido Domingo

<https://www.youtube.com/watch?v=tqfHp2HyBaw>

Nat King Cole (Inglés)

<https://www.youtube.com/watch?v=-eEZtyqHPI0>

The Beatles (Inglés)

<https://www.youtube.com/watch?v=dg48JepkiRo>

Dean Martin (Inglés)

<https://www.youtube.com/watch?v=T9MdTJh6m-U>

Frank Sinatra (Inglés)

<https://www.youtube.com/watch?v=YhVjMnH6GL4>

Elvis Presley (Inglés)

<https://www.youtube.com/watch?v=oU1rQxI0T7o>

Preston King (Inglés)

<https://www.youtube.com/watch?v=19BUKXpo2jY>

René Touzet (inglés)

<https://www.youtube.com/watch?v=vocFMMH0PfY>

Trio Los Panchos

<https://www.youtube.com/watch?v=pwRiKDcrjz0>

Julio Iglesias y Diana Krall

<https://www.youtube.com/watch?v=k4sSM5IXPOc&list=RDk4sSM5IXPOc#t=52>



Eduardo Ortega

<https://www.youtube.com/watch?v=91qXqOWOzIM>

Luis Miguel

<https://www.youtube.com/watch?v=wSO9P8LgC-o>

Il Divo

<https://www.youtube.com/watch?v=p-HDYE0j2Mk>

Andrea Bocelli (Live on stage in Tuscany)

<https://www.youtube.com/watch?v=6Pj5Z48G0zs>

### **ELLAS:**

Consuelo Velázquez

<https://www.youtube.com/watch?v=TzS-LuAfwgQ>

Consuelo Velázquez (en vivo, piano)

<https://www.youtube.com/watch?v=0u0bX5gBCRw>

Julie London (Inglés)

<https://www.youtube.com/watch?v=kxWWnkUeHD4>

Jane Monheit (Inglés)

[https://www.youtube.com/watch?v=oB-kw8\\_ZI5o](https://www.youtube.com/watch?v=oB-kw8_ZI5o)

Dalida (Francés)

<https://www.youtube.com/watch?v=Jkp1zX2Nzf8>

Natalie Cole (Bilingüe)

[https://www.youtube.com/watch?v=yro\\_z3dnS84](https://www.youtube.com/watch?v=yro_z3dnS84)

Thalia y Michael Bublé (Bilingüe)

<https://www.youtube.com/watch?v=uaHbwGIVVDs>

Sara Montiel

<https://www.youtube.com/watch?v=xyOMyXTI3O0>

Cesaria Evora (“la reina de los pies descalzos”)

[https://www.youtube.com/watch?v=LLsg\\_Lk819s](https://www.youtube.com/watch?v=LLsg_Lk819s)

Lila Downs

<https://www.youtube.com/watch?v=OxsP6vbcQpQ>

Sumi Jo

<https://www.youtube.com/watch?v=eMC6htPu2RE>

### **Las preferidas del autor:**

Julie Zorrilla

<https://www.youtube.com/watch?v=OxkS8KQhBLI>

Diana Krall

<https://www.youtube.com/watch?v=okjvHxNdpBU>

Susana Zabaleta

<https://www.youtube.com/watch?v=WzKJKi7JCQ4>

Laura Engel

<https://www.youtube.com/watch?v=gNCxzbW9mtY>

HUGO CUCCARESE